



HOMILÍA

Rvdmo. P. Abad, Dom Anselmo Álvarez Navarrete

Domingo de Ramos

1 de abril, 2007

Con el Domingo de Ramos llega la celebración anual de los misterios que conmemoran la muerte y la resurrección de Cristo, dando así cumplimiento al anuncio que Él mismo había hecho: ‘ahora subimos a Jerusalén, donde se consumará todo lo que ha sido anunciado acerca del Hijo de Dios: será entregado a los gentiles, será insultado, azotado y escupido, y después que lo hayan flagelado lo matarán, y al tercer día resucitará’ (Mt 20, 18). Todo esto ocurrió algunas semanas después de que se hiciera esa predicción, cuando ya se había cumplido también su profecía sobre la entrada del Rey pacífico en Jerusalén, escenificada por la liturgia en la bendición y procesión de los Ramos.

Cada año, y todos los días en la Eucaristía, Cristo vuelve a celebrar para la humanidad su pasión, su sacrificio y su victoria, ajeno al rechazo o a la indiferencia de la mayoría de los hombres, ajeno a quienes le juzgan hoy y condenan de nuevo al Inocente. Y lo hace para reiterar su voluntad redentora en todos los tiempos, y también en el nuestro que parece rechazarle con más fuerza que nunca.

En estos días se dan cita los acontecimientos fundamentales que han marcado para siempre la existencia humana. Hechos que han afectado también profundamente a la propia historia de Dios porque, en su condición de Creador y Padre, ha vinculado para siempre su condición divina a la del hombre. Y ello con la intensidad con que sabemos que Dios se ha entregado a esta obra.

Una intensidad que tuvo su máxima expresión en las horas de la pasión y muerte de Jesús, cuando se consumó el intento de poner fin a aquella vida que, como vuelve a suceder hoy, trastornaba demasiado las ideas y los intereses establecidos: “trataban de matarlo” (Jn 5, 18), de desentenderse de Él, nos dice el evangelista San Juan. Lo había anticipado Jesús en una parábola que describe a los deicidas de ayer y de hoy: “los labradores al ver al hijo se dijeron: este es el heredero; venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia” (Mt 21, 38).

Servían así, inconscientemente, al plan de Dios: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único a la muerte para que todo el que crea en Él no se condene sino que alcance la vida eterna” (Jn 3, 16). Ahora sabéis, dice el apóstol Pedro, que habéis sido liberados de vuestra conducta estéril, no mediante cosas corruptibles, como el oro o la plata, sino al precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto ni mancha, según

estaba previsto antes de la creación del mundo” (1Pe, 1, 18-20). Los cristianos tenemos siempre en la memoria la pasión y la muerte del Señor, aunque muchas veces sólo la recordemos como un dato histórico de su vida personal. Pero la Pasión es algo que nos afecta tanto a Él como a nosotros, porque somos nosotros sus causantes y sus destinatarios, y porque estamos llamados a ser copartícipes en ella.

La Pasión es el hecho que pone en evidencia de manera definitiva lo erróneo de nuestros cálculos cuando pensamos que podemos organizar nuestra vida y escoger nuestros caminos al margen de los de Dios. La rectificación por Él de esta actitud dio lugar al acontecimiento más inaudito que ha tenido y tendrá lugar en la historia de Dios y del hombre: el sacrificio del propio Hijo de Dios a manos del hombre y para su salvación. Dios sí conoce la trascendencia de los actos humanos según se ajustan o se distancian del destino propio del hombre, y juzgó que la humanidad, como en la parábola del hijo pródigo, se había perdido y debía ser buscada, había muerto y debía ser devuelta a la vida.

Nosotros sabemos ya el precio pagado por este rescate, y conocemos desde entonces que el orden establecido por Dios es inviolable y que su violación no nos alcanza la libertad y la vida feliz, como nos habíamos prometido, sino que nos instala en el pecado y en la negación de Dios y de nosotros mismos. Y conocemos, por consiguiente, que la persistencia en escapar de esa órbita, en huir de Dios, reproduce en Él su Pasión y en nosotros la expulsión de la verdadera tierra de los vivos.

El esfuerzo supremo de Dios para llevar a cabo la redención humana nos está diciendo que fuera de su salvación no hay ninguna liberación, ni hay futuro para el hombre. Porque el hombre no es nada fuera de Dios, fuera de su vida, de su gracia y de su amor. Esto es lo que ha restaurado para nosotros la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo, y lo que nosotros nos apropiamos mediante nuestra solidaridad con Él en su vida y en su muerte. En esta realidad se encierra todo el sentido de la historia humana, sentido prefijado por el Dios Creador y Redentor, y que en su momento nos confrontará con la respuesta que hayamos dado a esa oferta de salvación.

La liturgia a la que estamos asistiendo reúne los dos polos opuestos que marcan los episodios de la pasión y el conjunto de la vida de Jesús. En ella hemos asistido a la afirmación de su realeza: “Bendito el que viene como Rey de Israel”. Luego, en el relato de la pasión, su repulsa y su condena a muerte. Pero ni los judíos ni la humanidad posterior pudieron evitar esa proclamación de Cristo como REY cuando creían haberle proscrito para siempre.

Algo quedó entonces patente: la levedad del espíritu humano fue capaz de pasar en pocas horas de proclamarle REY a reclamar su muerte, y lo es hoy de expulsar de los corazones y de la sociedad al que hasta ayer habíamos reconocido como Dios y Salvador de los hombres. Pero esto no ha impedido que el crucificado recibiera entonces el reconocimiento de su divinidad y de su realeza: “verdaderamente, éste era el Hijo de Dios” (Mc 15, 39), a la vez que en la cabecera de la Cruz campeaba el título real: “Jesús Nazareno, Rey de los judíos” (Jn 19, 19).

Que quienes hemos alzado hoy los ramos en honor de Cristo victorioso, permanezcamos también unidos al Cristo crucificado.